

magnífico cuadro se ven distintamente el Tribunal del pretor, sencillo hemiciclo de piedra, donde hay una silla curul para el pretor y bancos para los jueces; el famoso *puteal de Libon*, pequeño altar, que servía de punto de reunión á los litigantes; los dos Janos, superior é inferior, arcos cuadrangulares adornados de estatuas, á cuyo rededor pululan los necesitados de dinero y los que lo prestan á usura; los Rostros, antigua y veneranda tribuna del pueblo romano, adornada con los espolones (*rostra*) de las naves enemigas, vasto pedestal de piedra, que da espalda al Clivo Capitolino; detras de los Rostros y de la columna, que por ser centro topográfico llaman el Ombligo de Roma, al pié del Capitolio, marcando el límite extremo del Foro por aquella parte, está la cárcel pública, con sus espantosas escaleras (*gemonias*), construida por Anco Marcio, y aumentada por Servio Tulio. Allí se ve el *Clivus*, ó camino del *Asylo*, que sube al Capitolio; á la izquierda del *Clivus*, el templo de la Concordia, con su precioso pórtico de orden corintio y sus columnas caneladas, que sostienen el magnífico fronton adornado de estatuas; despues el de Júpiter Tonante, egregio monumento de mármol blanco, construido por Augusto; su arquitectura es corintia pura, esbelta su columnata, las estatuas de Cástor y Pólux, que lo embellecen en el exterior, y la de Jove, que ocupa el interior, son obras insignes del arte: avanzando un poco más hácia el término lateral de la plaza, levántase sobre un basamento desproporcionado y como queriendo señorear en cuanto le rodea, el templo de la Fortuna, el de las columnas jónicas, separado tan sólo por el Clivo Capitolino, del de Júpiter Tonante. El Capitolio forma la última línea de este gran cuadro; en el centro, por encima de las altivas frentes de los templos de la Concordia y Júpiter Tonante, recostada en el muro gigantesco de la montaña, se despliega una larga y vistosa galería, que sostienen columnas de orden dórico; es el *Tabularium*, el depósito y archivo de las leyes. Quedan por registrar dos puntos capitales: á la izquierda la roca Tarpeya, con su escalera en doble rampa, llamada *las cien gradas*, que conduce á la Arce ó fortaleza del Capitolio; á la derecha, sobre la cumbre más elevada, la vista se fija en un

recinto de murallas coronadas por multitud de estatuas; allí está el templo de Júpiter Capitolino, majestuoso edificio que verdaderamente lo domina todo.

Tal era el aspecto que en la época del primer Emperador ofrecía el Foro Romano. Nuevas construcciones, acrecentamiento y adorno de las antiguas, señalaron el paso de los emperadores por aquella region de los triunfos y á veces de las rebeliones y los crímenes. ¿Qué ha quedado de tantas maravillas? ¿Dónde están los monumentos, que al galo deslumbraban en los dias de Augusto? ¿Qué fué del templo de Saturnio, y de la gran columna miliaria, y del lago de Curcio, y de la estatua ecuestre de Domiciano? ¿Cuándo y cómo perecieron la Basílica Julia, con sus doce estatuas de los dioses mayores, y el templo de Julio César, con su columnata jónica, y aquel altar ornado con los rostros de las naves cogidas en la memorable batalla de Aczio? ¿Qué resta de la Curia Julia, y del templo de Cástor y Pólux, y del antiguo *Comitium*, y de los arcos de Augusto y de Tiberio? El Foro de César, con su templo de Venus Genitrix y sus estatuas griegas y sus tesoros, ya no existe: los templos se arruinaron: los pórticos y las Basílicas y las curias, donde resonó la voz de Ciceron, donde se realizaron grandes sucesos de la vida política de Roma, yacen reducidos á menudo polvo; aquellos otros lugares un poco más lejanos, que recuerdan el sacrificio de Virginia, la época de los Decemviro, la infancia del Derecho romano, el Código de las *Doce Tablas*, *Juris publici privatique per orbem Romanum norma ac fundamentum*, apenas pueden ya señalarse ni aún en la imaginaria topografía de los eruditos. Algun que otro vestigio felizmente restaurado nos enseña aún la dirección de la *Via Sacra*; tres hermosas columnas de orden corintio, que sostienen un arquitrabe de regular arquitectura, fueron, durante mucho tiempo, atribuidas por los anticuarios al templo de Júpiter Tonante, al templo suntuoso erigido por Augusto, en virtud de un voto hecho en España, y que servía como de antecámara ó portería al Jove del Capitolio: hoy la crítica artística reconoce aquellas columnas como pertenecientes al templo de Vespasiano, restaurado por los emperadores Septimio Se-

vero y Caracalla. Las ocho columnas de orden jónico, que allí cerca se levantan, y que ántes se creyeron del templo de la Concordia, fueron del de la Fortuna, segun muchos arqueólogos, del de Saturno, segun Canina, que aduce al efecto gran copia de autoridades y correspondencias históricas y topográficas. Más abajo, cerca de la cárcel Mamertina, quedan restos confusos del que fué en verdad templo de la Concordia, admirable museo en su tiempo de esculturas griegas de primer orden, como el Apolo y la Juno de Baton, la Latona con Apolo y Diana, de Eufranor, el Marte y el Mercurio, de Pisci-crates, la Ceres y la Juno y la Minerva, de Stenides, el Esculapio, de Nicerates. Al lado opuesto tres columnas, todavía de pié, recuerdan á unos el templo de Cástor, á otros, con ménos razon, la famosa Grecostrasis, especie de Basílica ó gran salon donde los embajadores extranjeros esperaban la audiencia del Senado: á la izquierda estuvo la Curia Julia, edificada sobre la antigua Curia Hostilia, donde con más frecuencia celebraba el Senado sus sesiones: hoy apénas queda algun resto de los cimientos de aquel edificio, en cuya gran aula tantas veces se discutió sobre la suerte del imperio, que era la suerte del mundo. Más arriba, al pié mismo del Capitolio, se ve todavía un pórtico pequeño, que forma tres estancias (*tabernæ*): son restos de la *Schola Xantha*, el lugar destinado á los escritores de los actos públicos — los notarios de la antigua Roma; — más allá de la Curia Julia, en direccion del Velabro, hácia el Palatino, estuvo el templo de Vesta, redondo, como se creía por todos el universo, en cuyo centro ardía el fuego inextinguible mantenido constantemente por las vírgenes vestales: hoy es iglesia de San Teodoro. Del arco de Tiberio, que se alzaba entre el templo de la Fortuna y el de Saturno, no existe el menor vestigio. De la Basílica Sempronia, que precedió á la Julia, allá en el *vicus Jugarius*, junto al lago y la fuente de Servilio y del foro Boario, sólo ha quedado el área, sobre la cual se levanta la iglesia de San Jorge *in Velabro*, cuya tribuna en otros tiempos ostentaba pinturas al fresco de Giotto. Del *Vicus Tuscus*, que corria al pié del Palatino, entre el Foro Romano y el Boario, apénas si puede señalarse ya la traza. De la Basílica

Julia, que ocupaba toda la parte meridional del Foro, soberbio paralelógramo, cuyos muros estaban adornados de estatuas, como del arco de Augusto y del templo de César y de los Nuevos Rostros, no se tienen ya más datos fijos que los que ofrecen los fragmentos del gran plan de mármol, que se guardan en el Capitolio, y alguna moneda del tiempo de Julio César, descrita en el *Thesaurus* de Morelli. El templo de Cástor y Pólux, junto al lago de Juturna, la estatua ecuestre de Marzio Trémulo, la Basílica Porcia, primera de las construidas en Roma, la columna Mennia, y los primitivos monumentos de aquella parte del Foro Romano, desaparecieron por completo. Enfrente, tocando á la via Sacra, fué la Basílica Emilia, sobre cuyas ruinas descansa la iglesia de San Adrian, mártir, que se llamó *in tribus fatis*, como reminiscencia de las tres Parcas ó Sibilas, que se veian delante de la Basílica, y tambien *in tribus foris*, porque, á tres foros, puede decirse, daba vista. La iglesia, á la cual es anejo un convento de mercenarios españoles, fué restaurada y casi edificada de nuevo por el P. Alfonso Sotomayor, español, general de la Orden á fines del siglo xvii: es rica en reliquias de mártires y tiene de notable el altar, donde está el retablo de San Pedro Nolasco, y otro, en que hay dos columnas de mármol egipcio, blanco y negro.

Detras de la Basílica Emilia estaba el foro de César, con la estatua ecuestre del dictador, que no era otra sino la de Alejandro, hecha por Lysipo, con distinta cabeza. Allí fué el templo de Vénus Genitrix, de que aun pueden verse, como en otra parte hemos dicho, tres columnas al final de la calle de *I Pantani*. Al lado oriental del monte Capitolino estuvo el foro de Augusto, en cuyo centro se alzaba el templo de Marte-Vengador, con dos arcos triunfales, uno en honor de Druso, otro de Germánico: entre el foro de Augusto y el Capitolio abriase la via del foro de Marte, *Martis Fori*, que ha perpetuado su nombre en la calle actual de *Marforio*. El Foro Romano estaba dividido en su parte más ancha por una calle pública, *Canalis*, de que hoy afortunadamente podemos ver una parte al pié de la columna de Focas: aquella via ó canal, que partiendo de la Grecostrasis llegaba á la opuesta extremidad, era, á la vez, pa-

seo y punto de reunion de los desocupados. Plauto nos ofrece una descripcion exacta de la calidad de los habituales concurrentes al Foro, cuando dice:

*In foro infimo boni homines atque divites ambulant
In medio propter canalem ibi ostentatores meni.
Confidentes garrulique et malevoli supra lacum.*

De la *Via Sacra*, tan famosa en la historia de Roma, existen hoy desenterrados algunos trozos, por donde puede venirse en conocimiento de su anchura, de su direccion y de la forma y calidad del pavimento: las calles de Pompeya responden de la autenticidad de los restos de la *Via Sacra* que en la region del Foro Romano se conservan: ¡cuántos y cuán memorables sucesos, qué multitud de nombres ilustres van unidos al recuerdo de esta calle, cuya fecha se remonta á los dias de Rómulo y de Tacio! En esta calle, que los historiadores y los poetas mencionan tantas veces, fué donde Horacio, acometido por el impertinente (que un romano de hoy diria *seccatore*), empezó la graciosísima peregrinacion hasta el Trastevere, *propia Caesaris hortos*, contada en aquella sátira:

Iban forte via Sacra sicut meus est mos,

que es todavía un delicioso é interesante itinerario de la ciudad de Augusto. Otro monumento poético de aquella remota edad, sirve en nuestro tiempo á los arqueólogos y rebuscadores de ruinas para reconstruir el antiguo Foro: es la descripcion hecha por Stacio de la gran estatua ecuestre de Domiciano, erigida en mitad del Foro, dando frente al Palatino y la espalda al Capitolio, con la Basílica Julia á la derecha y la de Paulo Emilio á la izquierda: los versos de Stacio pueden considerarse aún como una de las mejores guías del Foro Romano, campo de soledad, riquísimo en historias, del cual puede decirse á toda hora, con Ciceron: *Quacumque ingredimur, in aliquam historiam vestigium ponimus.*

Dos monumentos bien conservados de la Roma imperial se levantan aún en aquella region, como inmóviles guardadores de las ruinas. El arco de Septimio Severo, á la falda del Capi-

tolio, á la extremidad nordeste del foro de César, y la columna de Focas, hácia la parte media del Romano. El arco está, puede decirse, intacto en su conjunto, si bien la calidad del mármol griego (salino) ha sido causa de que los bajo-relieves sufran deplorables deterioros: forman la fábrica tres arcos, el de enmedio mucho mayor que los laterales, y la decoran ocho columnas de orden compuesto, cuya arquitectura revelá el estado del arte á principios del siglo III, no en verdad floreciente, pero tampoco en decadencia visible como el de la escultura, cuya muestra ofrecen los bajo-relieves alusivos á las empresas afortunadas de aquel Emperador. La pomposa inscripcion, en que como recuerdo de los pueblos y de las gentes, que sojuzgó, se llama á Septimio Severo *parthico arabico* y *parthico adiabenco*, fué enmendada en la línea séptima, donde sin duda estaba el nombre de Geta, que de todas partes arrancó el fratricida Caracalla. Las estatuas que coronaban este monumento no existian ya en la Edad Media.

Junto al arco de Septimio Severo, que en el siglo XVI, recargado de adornos, daba paso al emperador Carlos V, rey de España, existió un edificio público, que al espirar el imperio era *archivo del Senado*, y aún lugar donde los senadores se juntaban; no falta quien opine que la fábrica se asentaba ya sobre las ruinas del templo de Marte: es lo cierto que al archivo del Senado reemplazó, en el siglo VIII, una iglesia que se llamó Santa Martina *in tribus foris*, por causa de los tres foros, Romano, de Julio César y de Augusto, en cuya vecindad y confluencia estaba: restaurada y enriquecida por los Pontífices, concedióla Sixto V (año 1588) á los pintores, escultores y arquitectos, que, al lado y á la sombra de esta iglesia, establecieron su academia de San Lucas. La planta actual del templo, que es de forma de cruz griega, pertenece al arquitecto Pedro Cortona, insigne bienhechor de la iglesia y de la academia. Fué ésta fundada á fines del siglo XVI; aspira, por tanto, no sin justicia, á los honores de la primogenitura entre las corporaciones de su especie y naturaleza. Al volver de España Federico Zuccheri, más rico de presentes y de dinero que de gloria (porque sus cuadros y sus frescos del Escorial no al-

canzaron el aplauso que imaginára), obtuvo del Papa Sixto V el Breve de ereccion de la insigne academia Pontificia, cuyo Reglamento formó y cuyo primer director fué aquel renombrado artista: en el transcurso de cerca de tres siglos esta ilustre corporacion ha correspondido con gloria á los fines de su instituto, que son, como los de la nuestra benemérita de San Fernando, dar enseñanza y promover el cultivo de las bellas artes, honrar á los que se distinguen ejercitándolas, y vigilar por la conservacion de los monumentos públicos de Roma y del Estado. La academia posee un regular museo de escultura y una excelente galería de pinturas, formada con la ofrenda paulatina de un cuadro propio, que cada académico pintor debe llevar al ser elegido, y con legados y compras que se han sucedido en la serie de tantos años: las obras más notables de la coleccion de la Academia son: *Los Apóstoles*, de Sebastian del Piombo; *La Fortuna*, de Guido; *La Lucrezia*, de Cagnacci, y sobre todas, el célebre cuadro de Rafael, que representa *San Lucas retratando á la Virgen*, en el cual se ve, en segundo término, el propio retrato del autor.

Volvamos al Foro Romano. La columna de Focas es, puede decirse, el último signo allí visible de la época imperial; fué erigida á principios del siglo VII: con sólo citar la fecha se comprende que la obra de arte no ha de ser buena ó no ha de pertenecer á aquella época; en efecto, la columna, de orden corintio, fué tomada de alguno de los antiguos edificios de tiempo de los Antoninos, por Smeragdo, exarca de Ravenna, que quiso pagar este tributo de lisonja servil al soberano de Bizancio, su bienhechor y dueño, ya que la historia y la justicia, de comun acuerdo, niegan todo título á columna y á estatua, y aún á recuerdo, al desdichado emperador Focas, á quien retrata de esta suerte, en una de sus obras dramáticas, nuestro insigne Calderon:

Un hidrónico de sangre,
Que por no poder beber
La de todos, en la suya
Está aplacando su sed.

El último monumento histórico del Foro ofrece ya escasa importancia, comparado con tantos otros como poblaron aquella region, que fué la más vasta de la Roma imperial, y donde palpité, puede decirse, la vitalidad política, civil y aún literaria del pueblo que dictó leyes al mundo.

No es posible recorrer aquellos ámbitos, desfigurados por sucesivas aglomeraciones de tierra y de escombros, ni contemplar aquellos fragmentos de columnas y de capiteles aquí y allí esparcidos, sin llevar el pensamiento á los días apacibles de la primera juventud, y ver en accion las páginas de Julio César, las sátiras de Juvenal, las odas de Ovidio, y percibir la voz de Ciceron; el recuerdo sólo de Ciceron basta para absorber el pensamiento del viajero, que visitando el Foro Romano, se detiene un instante al borde de la via Sacra. Aquí fué la tribuna, allí la curia, magníficos teatros de la elocuencia del príncipe de los oradores: el ruido de los aplausos, que arrancaba su palabra, ensordecía los aires. Ahí, en la cárcel Mamertina, al pié del Capitolio, perecieron aquellos conjurados, contra quienes tronó la elocuencia de Ciceron y se cumplieron los decretos de su justicia. Si el viajero vuela otra vez la mirada del espíritu hácia la tribuna, en que el orador insigne habia obtenido poco ántes uno de sus triunfos más estrepitosos, el de las *Filípicas*, verá una cabeza ensangrentada y una mano de hombre, que la muchedumbre feroz lleva como en irrisorio triunfo: aquella lengua medio arrancada es la misma que pronunció las *Filípicas* y las *Catilinarias*: aquella mano es la que escribió el libro *De Officiis* y el *De República*, y las epístolas famosas. ¿Qué curso de historia puede compararse con el exámen discreto y detenido de aquellos lugares, por donde han pasado todas las grandezas y todas las miserias de la humanidad? Al Foro semi-patriarcal de los días de Rómulo y de Tacio, sucede pronto el Foro plebeyo y bullicioso de la república, para dar lugar á los templos y á los pórticos y á las estatuas, en que resplandece la omnipotencia de los emperadores: allí, en pocos piés de terreno, pueden bien estudiarse la vida y la muerte del primitivo comicio, la vida y la muerte de las curias, la vida y la muerte de la tribuna: aquellos cimientos

casi indefinibles y aquellas columnas rotas y aquellos pedestales destrozados, más bien que materiales confusos y mármoles griegos ó egipcios, son siglos, son épocas, son instituciones. Desde los días en que latinos y sabinos formaban en aquel valle el núcleo de la sociedad romana, pasando por aquellos en que Roma entera veía desfilar por la via Sacra y subir al Capitolio el gran cortejo de los triunfadores, hasta aquellos otros días lúgubres, en que era la majestad del Emperador después la que bajaba con una cuerda al cuello en dirección al Tíber, entre la inmensa algazara de la soldadesca y del pueblo, es decir, desde el templo de Vesta y la casa régia de Numa hasta la columna de Focas, pasando por los monumentos de los cónsules y de los Césares, la historia de Roma está escrita en su Foro. Los anticuarios y los anticuómanos llevarán quizá á términos de exageración sus afirmaciones de escuela y sus disputas eruditas sobre la naturaleza de las piedras y el destino de las columnas: infatigables descifradores de aquellos jeroglíficos de mármol y de granito, harán el beneficio inestimable de traducir las palabras del gran libro: al filósofo corresponderá siempre penetrar en sus sentidos misteriosos y aprovechar las enseñanzas sublimes en que abunda.

III.

Habíamos abandonado momentáneamente el Capitolio antiguo para visitar el Foro, y justo es ya volver á la célebre colina para examinar sus construcciones modernas. Volvamos, pues, por cualquiera de las subidas recientes, que con más ó ménos rigurosa exactitud corresponden á las de remotos tiempos.

*Inde prout nunc est
Arduus per valles et fora clivus erat,*

dice Ovidio en los *Fastos*. De aquellos caminos, que del Foro ó sus inmediaciones partieron, el de las *cien gradas*, el *clivus*

Capitolino, con pavimento de losas de lava basáltica, todavía visibles, y el *clivus Sacer*, se conservan aún las señales, y puede determinarse la dirección. Al *clivus Asyli*, en cuyo término estaba la casa del poeta Ovidio, corresponde la subida, que da frente al arco de Septimio Sévero.

Pero el moderno Capitolio (*il Campidoglio*) tiene otra subida, independiente de las del Foro, que puede contarse entre las más bellas obras del siglo XVI: es una espaciosa rampa (*la Cordonata*), que parte de la plaza de Araceli, y que Miguel Ángel diseñó, por orden de Paulo III, para que fuese más cómoda y grandiosa la solemne entrada del emperador Carlos V. Al pie de esta magnífica subida se ven dos leones de granito negro, trasportados, en tiempo de Pío IV, de la plaza de San Estéban del Caco, donde tan preciosos y antiguos monumentos del arte egipcio habian adornado la entrada del templo de Serápis: en lo alto de la Cordonata ábrese la plaza, cuyos lados ocupan los tres palacios de la misma época, también debidos al fecundo Buonarroti: aquella plaza es el antiguo *inter montium* ó *inter lucos*, el valle que separaba las dos prominencias, cuyo ingreso defienden hoy y adornan las dos estatuas colosales de Cástor y Pólux con sus caballos, de mármol pentélico unas y otros, y sobre las balaustradas los trofeos de Mario, vencedor de Jugurta, reproduccion de aquellos otros, consagrados en el Esquilino al mismo Mario (Guattani los cree trofeos de Trajano), exterminador de los cimbros, y las estatuas ecuestres, de muy escaso mérito, de Constantino Augusto y Constantino César, y una columna, que fué piedra miliaria de la via Appia, y que sirve para darnos alguna idea del *Miliarium Aureum* del Foro Romano. El viajero pasa con rapidez por delante de estas obras de escultura, porque otra, verdaderamente notable, llama pronto su atención en aquella misma plaza: la magnífica estatua ecuestre, de bronce que fué dorado, del emperador Marco Aurelio, bastaria por sí sola para dar cumplido testimonio de una verdad que en otro capítulo de este libro hemos sentido, á saber: que el arte de la escultura no fué totalmente extranjero en Roma, por más que extranjeros fuesen, y vencidos, casi todos los que lo enriquecieron y elevaron: las estatuas

ecuestres procedentes de Herculano, que guarda el museo Borbónico de Nápoles, la de bronce, que representa á Neron y que es una de sus mayores joyas, corroboran aquella verdad. El caballo de Marco Aurelio (á diferencia del de Neron) es un caballo de las orillas del Bétis, que, si levantára las dos manos en acto de encabritarse y galopar, en vez de levantar una sola como determinando el paso majestuoso y gallardo en que no tienen rival los caballos andaluces, diríamos que pudo haber servido de modelo á nuestro gran pintor Velazquez para el dibujo de la estatua ecuestre de Felipe IV, que adorna la plazuela de Oriente de Madrid. Con un dibujante como Velazquez y un escultor como Montañés, el Miguel Ángel español, se comprende bien el vaciado de una estatua como la nuestra, en la cual tuvo la menor parte el florentino Tacca. En la galería de Florencia se ha conservado el modelo, en pequeño, de Montañés: reivindicuemos para España, aunque sea así de ligero, una gloria artística, que tan de justicia le pertenece. De Cárlos Maratta, renombrado pintor, que en un siglo de decadencia supo restaurar en parte las tradiciones y bellezas, casi perdidas, de la escuela de Rafael, cuentan los biógrafos que solía decir, embebecido en la plaza del Capitolio ante la estatua de Marco Aurelio: «¿Por qué no andas, caballo? ¿no sabes que estás vivo?» La errónea creencia, que duró muchos siglos, de que aquella era una estatua de Constantino, la rodeaba de tanto respeto y de tal devoción, que han servido sin duda para que esta singular obra de arte llegue en tan buen estado de conservación hasta nuestros días. Un tiempo estuvo en el pórtico del templo de Antonino y Faustina, según ciertos anticuarios: después fué trasladada á las cercanías del arco de Septimio Severo: *Templum Concordiæ, caballus Constantini*, decía un itinerario del siglo IX: después adornó la plaza del palacio Lateranense: Paulo III la hizo traer al Capitolio, al centro de la plaza en que se encuentra. ¡Cuántos sucesos históricos, especialmente en la Edad Media, se refieren á ésta, por muchos títulos insigne estatua! De su caballo fué colgado, por orden de Othon I, un cierto Pedro, prefecto rebelde de la ciudad: delante del mismo caballo, en el propio siglo X, fué arrojado de noche el cadá-

ver del antipapa Bonifacio, hijo de Feruccio. Durante la parodia de república y de tribunato romano, representada más tarde por el revoltoso notario Nicolas Rienzi, el caballo de Marco Aurelio sirvió para una fiesta pública bien original: por espacio de un día entero arrojó por sus narices, como por anchos caños, un doble raudal de vino y agua para regalo y deleite de aquel pueblo, seducido por la ambición exaltada de un insensato.

Tres edificios simétricos, tres palacios, que aún siendo bellos, como diseñados por Miguel Ángel, en verdad no corresponden por su grandeza á las tradiciones del antiguo Capitolio romano, rodean la plaza del nuevo. Es el primero, dando frente, el del senador, el clásico palacio de la autoridad municipal de Roma: desde su alta torre cuadrangular se domina, como desde punto céntrico y altísimo, toda la ciudad y las colinas y *el agro*: los cimientos de este palacio son las magníficas subestructuras del *Tabularium*, que desde el Foro hemos admirado: delante de la doble escalinata de su fachada hay tres estatuas notables, que anuncian desde luego que la escultura tiene en esta colina espléndido alojamiento: entre dos simulacros colosales en mármol pário, que representan la figura yacente del Nilo y el Tíber, hallados en el Quirinal, se eleva sobre una fuente la estatua, que llaman de Roma triunfante: es una majestuosa Minerva, sentada con un globo en la mano izquierda, obra de muy diestro cincel antiguo, traída de las ruinas de la antigua Coris: en ella alternan el mármol pário y el pórfido: de esta última durísima piedra son los paños, es decir, la parte más difícil y que exige y demuestra mayor habilidad en el artista. Roma, sentada sobre la roca del Capitolio, renueva hoy en otro más venturoso sentido aquella afirmación y aquel vaticinio de los remotos siglos:

Sedet æternumque sedebit.

Estamos, pues, en plena región del arte: el gran salón del palacio Senatorio, adornado de regulares estatuas modernas, sirve para la ceremonia de la adjudicación solemne de premios, que á los artistas otorga la academia de San Lúcas. Aquí,